



“Epílogo”

p. 185-188

Los orígenes del partido único en México

Alejandra Lajous

2da. edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1981

270 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 11)

ISBN 968-58-2608-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/170a/partido-unico.html>

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EPÍLOGO

El tratar de dar al Partido Nacional Revolucionario una dimensión histórica nos obliga a articularlo con el futuro político del medio en que surgió, es decir, a insertarlo en una visión de largo plazo que le dé su ubicación relativa. Para lograrlo, partiremos de aquéllo que más lo caracteriza: su pragmatismo.

El PNR fue concebido pragmáticamente, y lo fue por dos razones: primera, porque se concibió como solución a una crisis política concreta y, segunda, porque se creó sin el respaldo de una teoría política consciente y explícita, sino extrapolando y adaptando al concepto moderno de partido político las estructuras propias de un sistema personalista y carismático, o, para decirlo en otras palabras, apoyándose exclusivamente en la experiencia de sus creadores.

La primera parte de este trabajo contiene elementos suficientes para considerar que el PNR calcó las estructuras tradicionales de poder y, en la medida en que ello es cierto, podemos articularlo con su pasado histórico. Pero veamos esto más de cerca.

Hemos concluido que el PNR fue un partido de estructura indirecta, de cuadros, de articulación fuerte, con enlaces verticales, centralizador y oligárquico. También hemos relacionado muchas de estas características directamente con su origen, el cual tuvo lugar en medio de un sistema político carismático y clientelista profundamente arraigado en nuestra historia política. Los caciques y señores, y más tarde los caudillos, ejercían un poder evidentemente autocrático, con enlaces verticales fuertemente articulados, que se apegaba a un rígido escalafón determinado por la influencia y dejaba fuera de toda participación política a la masa que los sustentaba o toleraba.

Luego pues, la novedad del PNR consistió en integrar este mecanismo centenario al concepto de partido político, cosa que en el fondo representó la modernización de un sistema político arcaico. Ahora bien, al reflexionar sobre este proceso encontramos cierta influencia occidentalizadora sobre las naciones periféricas. No podemos dejar de lado la influencia que, durante el periodo que acabamos de estudiar, debió ejercer la novedad europea del partido único, particularmente la de los partidos fascistas, pero no nos confundamos. Si el PNR llegó a ser un partido único no se debió a que Calles pudiese emular a Mussolini,

sino a circunstancias peculiares de nuestro proceso histórico. Es sin embargo probable que el jefe máximo no viera con desagrado el monopolio político que alcanzó el PNR, pues los acontecimientos en ciertas naciones europeas parecían avalarlo.

Concluyendo, el PNR logró el monopolio político formando su burocracia partidista con miembros de la burocracia gubernamental, la cual representaba y legitimaba el poder de los caciques-militares obregonistas. Y aunque en primera instancia podría parecer que la realidad del PNR era la suma de las realidades de los señores regionales no fue así, ya que la integración de la fuerza de los caciques dentro de una armazón rígida y autocrática limitó la actividad cacical, restringiendo el poder de cada uno de ellos dentro del todo e iniciando un proceso inevitablemente centralizador.

Hasta aquí todo parece indicar que el PNR fue un éxito. Mas si reconocemos que se formó nutriéndose de un sistema personalista hemos de admitir que heredó buena parte de las limitaciones naturales de éste. No hablemos de democracia u otros conceptos que no tienen cabida alguna en el proceso que analizamos, sino de los límites que impuso el ejercicio del poder.

El PNR centralizó en forma importante el poder político, o por lo menos el poder que importaba y amenazaba su existencia, a saber, el de los caciques-militares. En este sentido tal proceso fue un éxito absoluto. El problema surgió cuando aparecieron otros tipos de poder hasta entonces ignorados por el PNR, como el representado por los grupos campesinos conocidos con el vago nombre de agraristas.

En la segunda parte de nuestro trabajo hemos seguido el surgimiento de estos grupos o partir del gobierno de Emilio Portes Gil, si bien consideramos que también comprenden a los campesinos que lucharon del lado del gobierno durante la guerra cristera, es decir, a los campesinos armados por el gobierno —local o federal— para que lo auxiliaran en sus momentos de crisis.

Es menester hacer notar que los agraristas surgieron claramente dentro de ciertos estados y no podemos pensar, atendiendo al contexto histórico-político del que hemos hablado, que surgiesen sin un líder. Esos líderes fueron en muchas ocasiones los mismos gobernadores, que veían en los campesinos y en la fuerza armada de éstos la posibilidad de mantener cierta autonomía frente a los mandatos del centro. La motivación fue variada, más no así el método.

Los grupos agraristas se convirtieron en una verdadera amenaza para el nuevo sistema cuando empezaron a comunicarse entre sí y a plantear la posibilidad de sumar sus fuerzas. El PNR, debido a su naturaleza y estructura, no podía permitir enlaces horizontales de grupos de poder aunque éstos estuviesen capitaneados por hombres integrados a las filas del partido. Lo anterior se hizo evidente en fecha tan temprana

como 1930, cuando el PNR intervino activamente para dividir la V Convención de la Liga Nacional Campesina.

Hemos seguido, en el curso del trabajo, el desarrollo del “agrarismo”, y ello nos ha permitido comprender el surgimiento de la candidatura presidencial de Lázaro Cárdenas. Sin embargo, lo que ahora nos interesa subrayar de dicho proceso es que en él se exhibieron los límites del PNR —cuando menos del PNR que Calles había formado—. Al soslayar la importancia de las masas campesinas y su potencial político, el jefe máximo se vio obligado a entregar las riendas del poder a quien creyó que podía contenerlas.

La ignorancia de las masas populares que la concepción original del PNR mostró no puede sorprendernos, pues como ya hemos señalado el partido se formó integrando la fuerza de los caciques, los cuales, era de suponer, aportarían la fuerza de sus clientelas. La aceptación al PNR se hacía en bloque; con cada cacique venía su clientela, así que el PNR nunca tuvo membresía directa, como tampoco consideró importante la opinión del pueblo mientras contó con los influyentes.

La debilidad fue evidente: el PNR no pudo romper la fuerza del agrarismo. Lo sorprendente fue que reconoció su debilidad y decidió asimilar el poder político de los campesinos; de esta suerte, Calles apoyó la candidatura presidencial de Cárdenas. Tal elasticidad del partido, originada en su pragmatismo, no deja de ser admirable, al menos para sus fines, es decir, para conservarse en el poder. El PNR, de estructura rígida pero ideología laxa, permitió la candidatura de un agrarista.

Calles, como jefe del PNR, consideró posible asimilar el agrarismo y controlarlo mediante la estructura de poder del PNR. Su error consistió en creer que dicho proceso se iniciaría de inmediato. El Plan Sexenal elaborado por los callistas muestra el interés del jefe máximo por conservar los intereses campesinos subordinados a otras prioridades. Pero Cárdenas no deseaba jugar con fuego, y puesto que había obtenido la candidatura presidencial gracias al apoyo campesino no podía, o no quería, defraudarlo. El mismo día que fue postulada su candidatura oficial, Graciano Sánchez logró modificar los planteamientos agraristas del Plan Sexenal para dar cabida a la ideología agrarista. El PNR de Calles fracasaba. Se preparaba el camino para su auténtica modificación, que haría posible introducir en su seno, en forma cabal, la fuerza campesina y más tarde a la fuerza obrera.

La asimilación de los descontentos fue un paso increíble que trajo repercusiones importantes para el desarrollo del país. Es evidente el matiz social que tomó el régimen cardenista, como también que dicho matiz produjo, en el corto plazo, desavenencias entre Cárdenas y Calles. En el largo plazo Calles tuvo razón, y la fuerza popular fue domesticada

y sometida a través de la estructura del PNR, sólo que a él ya no le tocó usufructuar de ella.

Dicho de otra manera, al integrarse las fuerzas populares al PNR y convertirlo en PRM aceptaron el esquema de burocratización propio de ese partido, y debido a ello perdieron, con el tiempo, el auténtico contacto con sus bases.

El PNR no fue nunca un auténtico partido político, fue sólo un instrumento de poder o una maquinaria electoral aliada al gobierno. La incorporación de las fuerzas populares no alteró su naturaleza, sino que, por el contrario, ésta deformó a aquellas.

La eliminación de Calles como jefe máximo permitió que el “partido” tomase finalmente su curso natural, es decir, se convirtiese en instrumento de apoyo del poder ejecutivo, pero ello minó, igual que antes, su capacidad de ser auténticamente popular.

Cabe por último señalar que el presidencialismo en México ha llegado a ser mucho más fuerte que “el partidismo”, y ha colocado a éste, de nuevo, en la posición de instrumento y nada más. México no ha tenido ni tiene un partido político digno de ese nombre. Por el contrario, ha creado un ambiente en el que es difícil que algún partido surja, pues ha cerrado los caminos para la formación de grupos políticos que compitan con el hegemónico y ha empobrecido el único existente con su posición de subordinación total al poder ejecutivo.